

El encuentro con Jesús y un camino hacia mi libertad

*Eva Romano Urbina**

La experiencia de acercarme a las actividades del Centro de Pastoral de la Universidad Centroamericana en Managua, allá por los años 2002, fue como una aventura que permitió que llegara con cierto temor, primero porque no sabía quiénes frecuentaban ese grupo y segundo porque no sabía cómo iba a ser recibida, pensaba... si paso inadvertida me sentiré mejor, siempre fue mi estilo estar de incógnita en los lugares donde hay muchas personas, siempre temí la mirada de los demás.

Por mi historia de vida puedo decir que siempre fui una persona muy introvertida, observadora y algo escurridiza en la asunción de responsabilidades, no por falta de capacidad, sino por complejos asumidos desde mi niñez.

Los primeros encuentros fueron algo nuevo para mí, comencé a sentirme bien, luego vino un acercamiento al tema ignaciano, mediante jornadas de capacitación, lo que despertó en mí, cierto interés por la temática; bajo ese sentimiento de búsqueda, de algo que me llenara, me integré a un recién formado grupo de vida, que con un documento de la Universidad Rafael Landívar, de Guatemala, diseñado para estudiantes y extraído de las obras del padre Carlos Rafael Cabarrús, inicié un proceso de interpelación de mi propia vida, lo cual fue despertando en mí, deseos de conocerme mejor y de compartir todo lo que iba descubriendo, cada ejercicio era una nueva luz, un nuevo tesoro muy bien guardado, que ni sabía que existía.

* Docente de la UCA de Managua. Colabora con el equipo de formación del Centro de Pastoral Universitario.

El iniciar a abrir los ojos físicos y los ojos del alma, no fue por pura casualidad, sino mi oportunidad, que llegó como un regalo que el Señor tenía preparado para mí.

Y fue así como comencé con los Talleres de Crecimiento Personal (TCP) en Arena Blanca, Honduras; otro TCP en la Palmera, Diriamba, y grupos de vida en la UCA, posteriormente el Taller de Crecimiento Personal bio-sico-espiritual, realizado en la casa de retiro “Santa María del Camino”, enclavada en una comunidad rural, muy bella llamada la Esperanza, Quetzaltenango, Guatemala. Recordar ese recorrido me llena de nostalgia y de nuevos deseos de seguir creciendo.

Este último taller duró un mes, uno de sus componentes fueron los ejercicios espirituales; ¿cómo entré a ellos?... con unas condiciones óptimas, pues tenía algunas experiencias previas y muchos deseos de vivirlos intensamente. La primera parte del taller de crecimiento personal, permitió quitarme las escamas que tenía en mis ojos y despojarme de las máscaras que había confeccionado para hacer la película de mi vida...luego me dejé llevar; sin embargo, los Ejercicios Espirituales son todo un camino a recorrer con y al lado de Jesús. Es acompañar a Jesús en todo su trayecto desde su nacimiento, su muerte y su retorno a la vida eterna.

Orar desde lo más íntimo de mi ser, encontrar el silencio interior, apagar la voz física para darme la oportunidad de escuchar mi yo interior, descubrir que Jesús ha estado siempre junto a mí, desde antes de nacer, ha sido una de las más grandes y gratificantes experiencias que he tenido en mi vida.

Sentir al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, cómo me han amado, cómo he sido libre sin saberlo, cómo he vivido una vida plena, donde nada hace falta, donde su presencia colma todo, no tengo palabras para describir, ese estado de bienestar espiritual, de armonía y de paz.

Mi lección aprendida después de los ejercicios espirituales, es que soy una persona nueva, el Señor me ha dado una oportunidad de vivir bajo su ejemplo, bajo su amor y cada día me esfuerzo por lograrlo, no para que me vean los demás, sino para sentirme bien conmigo misma y servirle a otras personas, e instarlas a que vivan esta experiencia maravillosa.

Parte de la transformación ha sido, que ha crecido en mí un inmenso amor por las personas, estoy aprendiendo a ver a otras personas como las vería Jesús, aprendiendo a dejar a un lado mis egoísmos, mis ataduras, mis apegos y a gastar mi vida en algo que valga la pena, como es la misión a la que me siento llamada.

Lo anterior se traduce en sentirle un nuevo sentido a la vida, en dar gracias constantemente por la vida, por los dones, talentos y bendiciones recibidas en el día a día y también por aquello que no alcanzamos.

El aprender a aceptar la voluntad del Padre, desde mi propia libertad, el dejarme amar por él de una forma generosa y gratuita, el sentir alegría por lo que hacemos, el sentirme su hija amada, eso me ha permitido vivir desde mi libertad aceptando los retos, no sin antes ponerlos en las manos del Padre.

En síntesis esta experiencia de encontrarme con el Señor, ha permitido que hoy me sienta una mujer nueva, plena en todos los ámbitos de la vida: como hija, madre, amiga, hermana y profesional.

Mi vida hoy está inserta en un mundo donde el espacio para la oración es como el aire que respiro, se ha convertido en el sustento de mi vida, algo indispensable para seguir viviendo. La oración es la fortaleza que encuentro en el diario vivir, es la razón para continuar mi misión, el servicio a los demás desde la docencia y desde el acompañamiento a procesos de crecimiento personal y espiritual.

Quiero cerrar esta reflexión dando gracias a Dios por la oportunidad que me ha dado, de sentirme una de sus ovejas, de ser testigo de su gran amor y misericordia porque lo que he visto, por lo que he oído y palpado en su Palabra que se hace Vida en cada hermano y hermana con la que me encuentro en el camino de la vida, compartiendo mi alegría.